

BIBLIOTECA



Programa musical

Convergencias*

Esta antología es el producto de un complejo entrecruzamiento de discursos, de la convergencia de dos poetas, dos lenguas y dos traductoras. Monika Zgustova, novelista checa, comenzó a aprender el ruso en su infancia. Olvido García Valdés es uno de los exponentes más altos de la poesía contemporánea española. Zgustova trae el verso de su lengua, y García Valdés lo moldea en la nuestra, entendiendo la traducción como interpretación y creación, desplegadas en un marco intersubjetivo, en el cual «el poema fluye». Al seleccionar los poemas, no han buscado una ordenación cronológica, sino «un ritmo de lectura convincente, que retuviese en todo momento la intensidad del canto y la amarga, leve, gravedad de la ceniza».

Convergencia de la creación y la experiencia vivida por dos grandes poetas rusas del siglo XX; entrecruzamiento de la actividad estética y la realidad política represiva del sistema soviético; fusión del arte y los gozos y som-

bras de las pasiones; encuentro y desencuentro de las pulsiones de vida y de muerte, personales y colectivas.

Coetáneas, Tsvetáieva (1892-1941) y Ajmátova (1889-1966) compartieron vocación literaria y sufrimiento. La primera vivió largos años de exilio, en Berlín, Praga y París, marginada de los círculos de exiliados tanto por su posición política, distante del conservadurismo dominante en esos círculos, como por su carácter turbulento. Se suicidó tras regresar a Rusia y perder a su marido y a su hija. Tsvetáieva expresa en su lírica el odio y desprecio a la época en la que vive y a la civilización que la asfixia: «La vida es un lugar donde no se puede vivir», dice en *El poema de la montaña*.

Ajmátova vivió el exilio interior: en 1924 sus obras fueron retiradas de bibliotecas y librerías. Ella y sus amigos aprendían sus poemas de memoria, para conservarlos; es lo que sucedió con una de sus obras maestras, *Réquiem*, que no se publicó en Rusia hasta 1989. Como observa García Valdés, «impresiona lo viva que permaneció en Rusia la vieja transmisión oral de la poesía.» El entrecruzamiento de las memorias, el otro que sustenta y es sustentado por el lenguaje, hace posible la transmisión, la permanencia de la obra. «El arte expresa la des-

* El canto y la ceniza, *Antología poética de Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva. Selección y prólogo de Monika Zgustova y Olvido García Valdés.*

Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.

dicha», dice García Valdés; pero también expresa la intersección del dolor y la opresión con el reconocimiento, el amor y el deseo. Buscados o no, hay interlocutores para el sujeto que habla o escribe. Es cierto que estos interlocutores pueden estar vivos o muertos...

Su hijo fue detenido en 1935 por primera vez y en 1938 conducido a los campos de trabajo. Durante diecisiete meses formó parte de las colas de madres, esposas e hijos que aguardaban ante las cárceles para dejar paquetes para los detenidos: «¿Dónde están hoy aquellas con quienes sin querer/Compartí mis dos años de infierno?» El sufrimiento, tanto personal como colectivo, es la trama sobre la que se vertirá la lírica de la poeta: «En aquel tiempo sonreían/sólo los muertos, deleitándose/ en su paz, y vagaba ante las cárceles/ el alma errante de Leningrado».

En 1949 arrestan por tercera vez a su hijo y a su último marido, Nikolái Punin, quien moriría en los campos de trabajo del régimen. Para salvar a su hijo accedió a escribir versos en honor a Stalin, en ocasión de su septuagésimo cumpleaños, como lo habían hecho años antes Mandelshtam y Pasternak. Más tarde pediría que no se los incluyera en sus obras completas. En 1953, después de la

muerte de Stalin, Ajmátova fue rehabilitada y recibió diversos premios.

Olvido García Valdés las une y diferencia: «Marina Tsvetáieva tuvo el don y la turbulencia, el sufrimiento y una temprana e impostergable muerte.» «Anna Ajmátova tuvo el don y el resistir, (...) Altiva y firme se mantuvo siempre mirando, escuchando, para poder dar cuenta, emblema y alerta de su tiempo.» García Valdés subraya la escisión entre la experiencia personal del sufrimiento y la contemplación estética de esa experiencia. Ambas se entretajan en la obra: la verdad poética necesariamente se separa de la experiencia vivida para poder dar cuenta de ella, cosa que la propia experiencia es incapaz de hacer: «Si ruego, no es sólo por mí: ruego/por todas nosotras, hermanas –en la desdicha– mías/en el frío feroz y en el ardor de julio,/ al pie de muros rojos que permanecieron sordos».

Poema sin héroe, un extenso trabajo polifónico y fragmentario a un tiempo, elaborado entre 1940 y 1962, presenta el entrecruzamiento de la historia rusa del siglo XX y de la biografía de la autora y es también una red intertextual en la que hallamos ecos de la literatura, tanto en ruso como en otras lenguas, versos de diferentes etapas de la misma autora, alusio-